

su madre, fomentó las disensiones y discordias que causaron un tan gran escándalo. Constantino al fin pereció y fué víctima de sus amaños. Se ganó la voluntad del pueblo rebajando las contribuciones, é igualmente supo ganarse á los frailes y al clero aparentando devocion y piedad. Logró ser reconocida élla sola por emperatriz.

Los romanos despreciaron este gobierno y volviéronse á Carlo-Magno, quien á la sazón subyugaba á los sajones, reprimia á los sarracenos, destruía las heregías, protegía á los papas, atraía al cristianismo las naciones infieles, restablecía las ciencias y la disciplina eclesiástica, reunía famosos concilios, en los que era admirada su profunda doctrina, haciendo resonar no solo en la Francia y en la Italia, sino tambien en la España, en la Inglaterra, en la Germania y por todas partes los efectos de su piedad y de su justicia.

## DUODECIMA ÉPOCA.

*Carlo-Magno, ó la fundacion del nuevo imperio.*

En fin, el año ochocientos de nuestro Señor Jesucristo, aquel gran protector de Roma y de la Italia, ó mejor dicho de toda la Iglesia y de toda la cristiandad, elegido emperador por los romanos sin pensar él en ello, y coronado por el papa Leon III, que fué quien moviera al pueblo romano á hacer esta eleccion, vino á ser el fundador del nuevo imperio y de la grandeza temporal de la santa Sede.

He aquí, Serenísimo señor, las doce épocas en que he distribuido este compendio: á cada una de ellas he hecho la aplicacion de los sucesos principales que han sobrevenido en su espacio; ahora podeis, sin gran trabajo, fijar, segun el orden de los tiempos, los grandes acontecimientos de la historia antigua, y colocarlos cada uno en su correspondiente lugar. Al hacer en este compendio la division de épocas, he seguido la célebre de los cronologistas, por la que dividen en siete edades la duracion del mundo. El principio de cada edad sírvenos de época; y si mezclo algunas es con el fin de presentar las cosas mas claras y distintas, y para que el orden de los tiempos se desarrolle ante vos con menos confusion.

Cuando os hablo del orden de los tiempos no intento sobrecargaros la memoria con tal escrupulosidad que hayais de retener todas las fechas, y aun menos todavía para que tomeis parte en todas las disputas de los cronologistas, que comunmente no versan sino sobre pocos años de diferencia. La cronología contenciosa, que se entretiene escrupulosamente en estas minuciosidades, tiene sin duda alguna utilidad; pero no os interesa ni hace á vuestro objeto, porque sirve de poco para ilustrar á un gran príncipe: así que no he querido entrar en esta refinada discusion de los tiempos; y entre los cálculos que hemos hecho, he seguido aquellos que me han parecido ser mas verosímiles sin constituirme garante de su exactitud.

Que en el cómputo que se hace de los años transcurridos desde la creacion hasta Abraham, haya de seguirse la edicion de los Setenta, que suponen el mundo mas viejo, ó la hebrea que le hace algunos siglos mas nuevo, aunque la autoridad del original hebreo parezca deber tener mas fé y crédito, es una cosa tan indiferente en sí misma, que la Iglesia, que ha seguido con san Gerónimo el cómputo de la hebrea en nuestra Vulgata, ha seguido la de los Setenta en su martirologio. Y en efecto, ¿qué importa á la historia disminuir ó multiplicar siglos varios de los que nada tiene que contarnos? ¿No es bastante que los tiempos en

que las fechas son importantes tengan caracteres fijos, y que su distribucion se halle apoyada sobre fundamentos ciertos? Y aun cuando en estos mismos tiempos ocurriese alguna duda ó disputa sobre algunos años, esto no produciria casi jamas una dificultad. Por ejemplo, que haya de fijarse algunos años antes ó despues, séase la fundacion de Roma ó el nacimiento de Jesucristo, ya podeis haber visto que esta divergencia en nada perjudica á los sucesos de las historias ni al cumplimiento de los decretos de la Providencia. Debeis, sí, evitar los anacronismos que confunden el orden de los sucesos; y con respecto á los que no tienen esta trascendencia, dejad á los sabios que disputen de ellos.

Tampoco quiero cargar la memoria de V. A. con la cuenta de las Olimpiadas, no obstante que los griegos, que se sirven de ellas, las consideren necesarias para fijar sus tiempos. Sin embargo, es menester saber lo que son para recurrir á ellas en caso de necesidad, pero, en lo demas, basta á V. A. fijarse en las fechas que os he propuesto como las mas simples y las mas seguidas, cuales son las que median desde la creacion del mundo hasta la fundacion de Roma, desde la fundacion de Roma hasta la venida de Jesucristo, y desde esta en adelante.

El verdadero designio de este compendio

no es esplicaros el orden de los tiempos, no obstante que sea absolutamente necesario para enlazar todas las historias, y mostraros la relacion que tienen entre sí. Os he dicho que mi principal objeto era haceros considerar en el orden de los tiempos la *sucesion del pueblo de Dios* y la de *los grandes imperios*.

Estas dos cosas caminan á la par en el gran movimiento de los siglos, en donde tienen por decirlo así un mismo curso; pero es de necesidad, para comprenderlas bien, separarlas algunas veces una de otra, y considerar particularmente todo lo que respecta á cada una de por sí.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

---

## SEGUNDA PARTE.

### LA SUCESION DE LA RELIGION.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### *De la creacion y de los primeros tiempos.*

**L**A religion y la sucesion del pueblo de Dios, consideradas de esta manera son el mas grande y el mas útil de cuantos objetos pueden proponerse á los hombres. Efectivamente, es una cosa bella y grande presentarse á la vista los diferentes estados del pueblo de Dios, ora sea bajo la ley de la naturaleza y de los patriarcas; ora bajo Moises ó bajo la ley escrita; ya bajo David ó los profetas; ya desde la vuelta del cautiverio hasta Jesucristo; ya, en fin, bajo el tiempo del mismo Jesucristo, es decir, bajo la ley de gracia y bajo el Evangelio; ya en los siglos en que se ha esperado al Mesías y en los que se presentó; en aquellos en que el culto de Dios estuvo reducido á un solo pueblo; en aquellos en que, conforme á las antiguas profecías, fue difundido por toda la tierra; y en aquellos en fin en que los hombres, todavía débiles y toscos, tuvieron necesidad de ser sostenidos por las recompensas y los castigos temporales, y en aquellos en que los